



EL PADRENUESTRO (II)

Padre nuestro que estás en el cielo...

La oración del Padrenuestro comienza con una palabra: Padre; y más que padre, PAPÁ; así nos lo dicen los evangelios: Jesús llama al Dios del cielo con la palabra que los niños pequeños utilizaban para llamar a sus padres: Abbà (papá o papaíto). La primera palabra del Padrenuestro ya nos pone en situación: nuestra relación con Dios ha de ser como la relación llena de confianza de un niño pequeño con su padre y madre.

Para remarcar esta confianza en muchos lugares de la Biblia la palabra Dios siempre venía acompañada de los adjetivos “*entrañable* y *misericordioso*”. Justamente la palabra *entrañable*, viene de *entrañas*, una realidad femenina, ya que en la lengua judía solo las capaces de dar a luz tienen entrañas. Dios es fuerte como un padre y lleno de entrañas de misericordia como una madre.

¡Qué normal nos parece llamarle a Dios, Padre! Pues no lo era. Ese título de Padre muy pocos lo habían dado a Dios. En el mundo del antiguo testamento prácticamente nunca. En el mundo griego y romano se usaba para mostrar un título más de los dioses, pero nada en especial.

En cambio, para Jesús ¿quién es este Dios que llama Padre? Es el creador de todo. El que nos ha llamado a la vida. El que se nos ha querido dar a conocer. El que nos ha enviado a su hijo único para nuestra salvación. El que nunca ha dado la espalda a los hombres. El que escogió a una de nuestro pueblo (la Virgen María) porque nos ha salvado con nuestra colaboración. El que sigue confiando en nosotros. El padre de la parábola del hijo pródigo, el que siempre espera nuestro regreso. El que desde nuestro bautismo ha puesto en nosotros su misma vida eterna. Ése es nuestro padre. El que nos recuerda que al llamarle Padre, nos llamamos hermanos los unos de los otros. El que nos recuerda que todos los hombres y mujeres de la tierra son sus hijos, iguales en dignidad e imagen viva del Hijo en mayúsculas Jesucristo.

Dice San Pablo en la carta a los Filipenses (Flp 3, 20) que los cristianos somos ciudadanos del cielo. Ahí está el principio y el fin de nuestra vida. Hemos empezado nuestra vida por el deseo de Dios, el Padre que no es de la tierra, sino del cielo. Y desde nuestro bautismo ya empezamos a vivir en ese cielo.

Tenemos que entender que cielo y tierra en el nuevo testamento no designan una realidad física, sino una realidad espiritual: el cielo no es solo nuestro fin de trayecto una vez dejemos este mundo; el cielo es todo aquello que ya vivimos en este mundo y que es conforme al plan de Dios; del cielo es la eucaristía, del cielo es la bondad de las personas, del cielo son los que viven la bienaventuranzas en la tierra; del cielo son los dones del Espíritu para vivirlos ya aquí: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Y también los frutos de los hijos de Dios en este mundo: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad en contraposición a los frutos del mundo, entendido como aquello que muestra que estamos separados de Dios: Fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, superstición, enemistades, peleas, rivalidades, violencias, ambiciones, discordias, sectarismo, disensiones, envidias, ebriedades, orgías y todos los excesos de esta naturaleza.



Y no lo olvidemos, el cielo puede estar en nuestro corazón, ya que como nos dice el Señor, "el que me ama guardará mi palabra, mi Padre lo amará y mi Padre y yo vendremos a Él y viviremos en Él" (Jn14, 23)

Mn. Xavier Blanco

Para contemplar y reflexionar:

- 1. Lee la parábola del Hijo Pródigo (Lc 15, 11-32) contemplando principalmente la actitud del Padre de los dos hijos. Compárala con lo dicho en la explicación anterior.**
- 2. Delante de los frutos del cielo y de los del mundo, hagamos un pequeño examen de conciencia. ¿Qué frutos estoy dando en mi vida? ¿Por qué valores me guío?**

NOTA: No es necesario pero si conveniente hacer las dos propuestas de ejercicios. También hay suficiente escogiendo uno.